

PREGONES DE LA
SEMANA SANTA
GRANADINA

Federico García Sánchez

R. P. Francisco Javier Lucas, S. J.

Antonio Gallego y Burín

Manuel Benitez Carrasco

Pedro Gómez Aparicio



Editados por la Federación de Cofradías de
— Semana Santa de Granada —

PREGONES DE LA SEMANA SANTA GRANADINA

Federico García Sánchez

R. P. Francisco Javier Lucas, S. J.

Antonio Gallego y Burín

Manuel Benitez Carrasco

Pedro Gómez Aparicio



Editados por la Federación de Cofradías de
— Semana Santa de Granada —

Imp. Ntra. Sra. del Carmen. S. Pedro Mártir, 1.-Granada

PREGONES DE LA SEMANA SANTA GRANADINA

I

Federico García Sanchiz

(N. de la R.) Federico García Sanchiz, fué el inventor de pregonar —incluso dándole este nombre—, la Semana Santa, prologando así, los desfiles procesionales de nuestra España en la Semana Mayor.

Y dicho orador, fué también, después de la iniciación de los pregones en Sevilla, el primero que los hizo de la Semana Santa granadina.

En el año 1945, la Federación de Cofradías de Granada, de la que era entonces Presidente don Félix Infante Vilches, en unión de la Colonia granadina en Madrid, organizó y celebró el 5 de Marzo de dicho año, en el Teatro Reina Victoria de la capital de España, este primer Pregón, que resultó brillantísimo, mereciendo los más cálidos elogios de la Prensa, tanto madrileña como granadina.

Publicamos seguidamente, una
síntesis de aquella magnífica
oración de García Sanchiz

"Con la campana de la Vela... Exaltación
de Granada y su Semana Santa"

El «Pobrecito hablador», como se llama a sí mismo García Sanchiz, ha cantado en esta charla a una de las más bellas y conmovedoras Semanas Santas españolas, como es la granadina, siguiendo el guión siguiente: «¡Granada! Granada en el mundo. Y desde Fez y Damasco. Y en España. Granada en Granada. El trovador. Silencio y sombras.-Con la campana de la Vela. El «paso» de Ruiz del Peral. Murcia, Valladolid y Sevilla. La gubia granadina. Ecos y reflejos. Por dentro. Y de añadidura, la Alhambra, y el Generalife, y el bosque; el cetro y la corona de doña Isabel y la espada de don Fernando por las rúas compostelanas. Con la campana de la Vela.»

Granada une a las maravillosas imágenes de sus diversas cofradías, el prestigio insuperable e insuperado del marco único en que las procesiones se celebran; los jardines de la Alhambra, las retorcidas callejas morunas del Albayzin, la acera del Darro, las torres milenarias de las viejas murallas...

Hizo primero García Sanchiz una finísima interpretación de la palabra Granada. Habló luego de esta invención suya del «pregón», y de lo que a juicio suyo debe ser el sentido de éste. Recordó a Gautier, a Castelar, a Irwing, a Fortuny, a cuantos han sentido el

maleficio de Granada. Dijo que los gnomos, de que habló Zorrilla, dejaron su alma en los que han sido después fuego y exaltación de lo granadino: Gómez Moreno, el duque de San Pedro de Galatino, Natalio Rivas, Seco de Lucena...

«Con la campana de la Vela», consistió el pregón de García Sanchiz, en un estudio completo de la Ciudad, en cuanto a sus glorias y a los méritos que de ella nacen. A modo de sinfonía hizo la enumeración de los distintos anhelos con que el mundo entero ha soñado en Granada, anhelos casi dolorosos en fuerza de nostálgicos si se experimentan en Fez o en Damasco. Examinó los sentimientos nacionales respecto de Granada, situando por último, a ésta, frente a sí misma. La literatura y el arte universales, consagraronla un culto verdadero durante el siglo XIX.

Los «gnomos» prepararon la rehabilitación granadina, metiéndose alma adentro de sabios y artistas, más afortunados en sus empresas que el propio Angel Ganivet, que en vano definió a «Granada la bella», sistemáticamente destrozada por las proverbiales reformas urbanas de pasado siglo.

Mas se impuso, después, el patriotismo y la cultura en pleno vigor, y amparados ya por la atención oficial, Granada y sus monumentos recobraron su valor.

La población, tuvo entonces unánime el decidido propósito, de devolver a Granada su prestigio sin par.

Entre las grandezas venidas a menos se hallaban las Cofradías religiosas, alguna tan antigua, como que data del tiempo de los Reyes Católicos.

Hace veinte años, por inspiración del Cardenal Casanova, reorganizadas y nutridas las Hermandades, se convino en volver a la también abandonada práctica de las procesiones de las Semana Santa, y a pesar del ambiente demagógico, que ninguna tierra española dejó de sufrir, tanta decisión se puso en el empeño y con tantos elementos se contaba, que al cabo de cuatro lustros, la Semana

Santa acude al concierto con las más acreditadas, no pretendiendo eclipsar ninguna, pero deseosa de enriquecer la nacional manifestación piadosa de la primavera con notas inéditas y que indudablemente añaden esplendor y hasta sublimidad a los desfiles conmovedores de la Pasión y Muerte de Cristo.

Se ocupó también el Sr. García Sanchiz, del decanato granadino de nuestra cristianización, ya que en Guadix e Iliberis, iniciaron su apostolado los discípulos de Santiago, y ya que el primer Concilio español fué el de Iliberis, por si no bastase aquel campamento de Santa Fe ante la ciudad sitiada por doña Isabel y don Fernando.

El panegírico desembocó en una evocación de la Alhambra y el Generalife, y del bosque, con todos sus rumores, fragancias y colores. Estableció originales relaciones con el tema, como la de que, «las numerosas y finas columnas de los templetos del Patio de los Leones, enseñaron a los cofrades a plantar los cirios en los pasos».

Evocó a continuación algunos momentos de la Semana Santa granadina: el paso de la Virgen de las Angustias por la Puerta Judicial; el Vía Crucis por el Albayzin; el paso de la Cofradía del Silencio por la Carrera de Darro, y sobre todo la impresionante ceremonia de las tres de la tarde en el Campo del Príncipe, el Viernes Santo cuando un toque agudo de clarín dice a la multitud que el Redentor acaba de morir y el gentío se arrodilla y reza el Credo. Ninguna Semana Santa española tiene un momento así. Sólo allá en Jerusalén, la noche del Prendimiento, hay una escena parecida: en el monte de los olivos, —las hojas son ya medallas—, la multitud se arrodilla, mientras una voz va leyendo el pasaje evangélico...

Después del canto a cada una de las procesiones de la Semana Santa granadina, evocó después García Sanchiz, la Semana Santa en Valladolid, en Sevilla y en Murcia. Granada, que había olvidado la suya, se la debe en su recuperación al citado Cardenal Casanova, quien removi6 la antigua y piadosa tradición. Se cuenta en la ciudad con escenarios incomparables, y con una gran tradición imaginera: la de Alonso Cano, la de los Mora, la de Risueño... Se cuenta, además, con lo religioso, con el espíritu, con el linaje. No es

posible olvidar que Granada es, como antes dijo, la tierra del primer Concilio, la del campamento de Santa Fe, la del Corpus, la de Fray Luis de Granada, la de San Juan de Dios...

Todo ello se junta para la adecuada celebración de la Semana Santa granadina, que no viene a competir con otras, sino que llega a completar con sus notas peculiares el gran conjunto de las Semanas Santas nacionales.

La parte final de la charla, la dedicó García Sanchiz, a hablar de Compostela y del paso por sus ruas de los peregrinos granadinos que allí llevaron, en el año del Jubileo, el cetro y la espada de Isabel y Fernando. Iba de ese modo, simbólicamente, el agua granadina a buscar el agua santiaguesa, y las campanas compostelanas bajaban a buscar la Torre de la Vela, firme en su misión de alerta, y que tras la Semana Santa canta la Resurrección; la Resurrección, que no es sólo la de Cristo, sino también la de su tierra bien amada, que vuelve a ser en su plenitud y resurrección total, ¡Granada la bella!



Federico García Sanchiz

N. de la R. - El gran charlista Federico García Sanchiz, dió este mismo año, en Granada, el Miércoles Santo, 28 de Marzo de 1945, otra conferencia - charla en el templo de San Jerónimo, con el tema siguiente:

"PANGE LINGUA. El Cáliz de la Cena en la Semana Santa granadina"

Oración eucarística, titulada por las primeras palabras del Himno de Santo Tomás de Aquino, "Pange lingua", fué la que pronunció el ilustre orador don Federico García Sanchiz, en esta Conferencia del Miércoles Santo del 1945, en el templo de San Jerónimo de Granada.

Las grandezas del templo en que se celebraba la conferencia, inspiraron a García Sanchiz, el exordio y la entrada en materia, que adquirió pleno desarrollo en la historia de la festividad del corpus, desde la visión de Santa Juliana al Papa Juan XXII, quien definitivamente ordenó la solemnidad iniciada en tiempos de Urbano IV.

"Por cierto —advirtió el orador—, que en Daroca con motivo del milagro de los corporales, ya se celebraba la procesión unos años antes que Urbano IX la decretase para toda la Cristiandad".

A continuación describió el Corpus en diversas ciudades españolas, deteniéndose en el de Granada, que es tan famoso, y que fué de una inusitada brillantez en los siglos XIV y XVII, con sus autos sacramentales en el patio de la Real Chancillería, el desfile de la Tarasca, los gigantones y los diablillos y el paseo por las calles, del Corregidor y los Veinticuatro.

“La Iglesia —dijo el Sr. García Sanchiz—, que interrumpe su duelo el Jueves Santo, en que se oficia con ornamentos blancos, al establecer la fiesta del Corpus, la separó de la Semana Mayor, con objeto de no introducir tanto júbilo en los días de la Pasión y Muerte de Jesús“.

No deja, sin embargo, de celebrar la institución de la Eucaristía, y en el mismo Jerusalén, se lleva procesionalmente la Hostia-Dios, que luego deposita el padre custodio de los franciscanos en la tumba del Redentor. ¿Por qué no consagrar una oración a la Eucaristía, de igual modo que tradicionalmente viene efectuándose el sermón de las Siete Palabras?

García Sanchiz, inicia el anual panegírico eucarístico, y habla del Santo Brial, en párrafos de gran elocuencia y brillantez.

Evoca el correspondiente al pasaje del Evangelio, que tradujo en un cuadro lleno de unción y vida sobrenatural, y desarrolla el tema de “El Cáliz de la Cena en la Semana Santa granadina“, y al fin, atento solamente al Cáliz de la Cena, lo siguió en el curso de su tradición.

El Cáliz pasó por Antioquía y por Roma, y desde el tiempo de San Lorenzo se encuentra en España.

La narración se transforma en una magnífica exaltación lírica.

García Sanchiz reclamó para España el Congreso Eucarístico Universal que siga a la paz. Y pidió que en él, se bendiga a la Cristiandad con el Cáliz, cuya existencia se conocerá de este modo por el mundo entero, y en consecuencia, España será el centro eucarístico de la tierra.

Esta idea, de la que tantas otras se deducen, llenó el grandioso escenario en que se realizó tan solemne acto, verdaderamente expuesta por el orador con el más rico lenguaje oratorio.

R. P. Francisco Javier Lucas

Superior de la Residencia de Padres Jesuitas
de Granada



**N. de la R.—Notabilísimo Pregón de la
Semana Santa granadina, éste pronun-
ciado por el R. P. Superior de la Resi-
dencia de Jesuitas de Granada, Francis-
co J. Lucas, el 14 de Marzo de 1948, en
el templo de San Jerónimo, siendo
Presidente de la Federación de Cofra-
días don Luis González Rodríguez.**

Excmo. y Rvdmo. Señor.

Excmos. Señores.

Excmas. Autoridades.

Federación de Cofradías Pasionales.

Señoras.

Señores.

Granada está acostumbrada a la voz ancha y viril de altos Pregone-
ros. Uno, circundado del oro del más bello amanecer, clamó
desde el más alto torreón de la Alhambra: «Castilla, Castilla, Santia-
go, Santiago, Granada, Granada». Era el Pregón de la Fe triunfante.

Otro, por las viejas calles de guijos y polvo, con una espuerta al

hombro, que ya es reliquia de Santo, clamaba entre dos luces: «Hermanos, haced bien para vuestras almas». Era el Pregón de la Fe práctica.

Otro, enredado en el torbellino abigarrado de bojigangas y fantoches simbólicos, incitaba al pueblo todo, según lo ordenaran los Reyes, a que «pareciera loco» en la exaltación del Santísimo Corpus Christis. Era el Pregón de la Fe exultante.

Este pregonero de hoy, más corto de voz y de alientos, tiene que enaltecer ante vosotros la Fe penitente.

¿Lirismos? ¿Erudición? ¿Historia? ¿Arte? Sin renunciar a la belleza, su voz se debe cargar de profundidad dogmática y su acento, de vibración ascética. Palabra irremediablemente sacerdotal, más hecha a la catequesis que a la caricia.

Además, que de las procesiones pasionales no se puede hablar frívolamente. Su historia, su fin, sus elementos tienen la tierna gravedad de las violetas.

¿Qué es una procesión? Una procesión es el mismo Dios y es el Arte y es el Pueblo. ¿Comprendéis? Tres cosas de dimensiones infinitas: tres horizontes sin límites.

Una procesión no es un mero desfile, ni una simple manifestación. Tiene su definición severa y ponderada, nada menos que en el Código de Derecho Canónico. «Procesión es una Rogativa pública por las calles y plazas, dirigida por el clero». Será, pues, como una prolongación del templo, envuelta en la dulce penumbra de la oración y moviéndose con la noble y silenciosa parsimonia litúrgica. Cálido acto familiar que debe siempre presidir y dirigir el Padre de las almas.

Pero siempre en la elevación y finura del Arte. De ese Arte religioso que es múltiple y lo toca todo con su varita de luz. El Arte de las imágenes sagradas, el de los nobles brocados litúrgicos con luz de siglos, con el primor y el aroma de las manos monacales. ¿Recordais aquellos monjes jerónimos, que se pasaban años enteros

en las bordaduras del monasterio de Guadalupe o del Escorial para terminar un frontal o un manto de Virgen?

Arte de la luz de cirio que palpita y de la luz de tarde que agoniza; arte del orden y la jerarquía; arte del movimiento armonioso.

Y por fin, el pueblo. Esa masa flúida y poderosa con un mar, y a la par ingénua e impresionable como un niño.

Pueblo al que se debe educar y conmover como en un sermón de Fray Diego de Cádiz o en una Misión.

¿Sentís, Señores Cofrades, el peso de esta responsabilidad?

Todo esto hace de la procesión pasional una cosa profundamente humana, y por lo mismo, necesaria. Tanto, que fué el mismo Cristo quien la creó y organizó. Sí. El se constituye a si mismo Hermano Mayor de la del Domingo de Ramos; se preocupa del último detalle; la pollinica, las capas, las palmas, los niños, los himnos. Y reserva para los incomprensivos su palabra más dura: «Si éstos callaran, las piedras hablarían».

Y unos días después determinó que las grandiosas escenas últimas de su drama divino, se desarrollaran, a tono con su trascendencia universal, a plena luz y al aire libre. Por eso será una plaza, y el campo, y las calles y el pueblo entero que grita, y todas las Autoridades que actúan. Y también serán todos los siglos y todas las gentes futuras que irán captando en una misteriosa televisión, la mansa seriedad del rostro de Cristo en la agonía y la virginal angustia de su Madre.

Y aquí empieza la prehistoria de las Cofradías y de los «Pasos». Un instinto natural del pueblo es el mimetismo, la imitación, la reproducción y el calco de lo que ve y le impresiona. No son otra cosa los juegos infantiles. Pues jugando, jugando al amor y al dolor, creó el pueblo fiel su arte religioso. ¡Qué misterio!

Porque el arte es el hijo del ideal y del alma. Pero necesita dos

cosas: una técnica y un modelo exterior. Y ahí está la dificultad. ¿Qué técnica puede tener el pueblo rudo? ¿Qué modelo puede haber para lo divino? Por eso creo yo que el Arte religioso es un milagro. Un milagro de adivinación, de intuición y de inspiración sobrenatural. Las artes más entrañablemente populares son la escultura y el teatro. Tenían, pues, que ser las primeras artes religiosas.

Gil de Vicente, Juan de la Encina, Timoneda y Lucas Fernández levantaron al tablado las ingenuas Loas, los Autos y los Duelos de los Presbiterios y los atrios de las Iglesias.

Valmaseda, Berruguete, Juni, adivinaron que el pueblo no lloraba ni rezaba ante el mármol, la piedra o el bronce. El pueblo se queda frío ante la prestancia de las materias nobles. ¡El quiere la vida! Por eso un buen día, él mismo, en una alucinación de fiebre mística, cogió un trozo de roble o de encina o de aromático pino de Soria y sacó de allí nada menos que un Crucificado.

¡Cristos torturados del siglo doce y trece, con esa anatomía convencional, con ese gesto infantil, quien no se enternece ante vosotros, no tiene buen corazón!

Las cofradías nacieron como las amapolas, espontáneamente y en el campo y entre las piedras de las viejas Iglesias rurales.

Su Historia oficial empieza en mil quinientos dieciocho. Y en Sevilla, veinte años más tarde, ya son treinta y cinco, con sus Reglas bien austeras. Sólo la de los PP. Carmelitas llevaba doscientos cincuenta flagelantes. «Toda la Ciudad, dice un Cronista, está llena de sangre en memoria de la de Nuestro Redentor».

Y ya es Zamora, Rioseco, Málaga, Murcia, Cartagena y Granada.

Granada que el 1611 organiza las cuatro principales: Cristo de la Humildad, Oración del Huerto, Cristo de la Expiración y Santo Entierro. Todo ello finamente anotado por el Cronista de la Ciudad Enrique de la Jórquera.

Desde entonces queda incorporada Granada al Retablo pasional que durante la Semana Mayor formaban todos los pueblos grandes y pequeños de la España de entonces.

¡Toda esta tierra dorada, idealmente dividida en tableros de altar, reproducía con sangriento relieve las escenas patéticas de la Pasión! El aire se callaba contrito y el cielo se ponía color de lirio.

Notemos dos detalles de importancia.

Todos esos desfiles españoles se parecen y se diferencian.

¿En qué se parecen? José M.^a Pemán glosa la frase de un inglés chestertoniano, amigo de paradojas.

«Nada hay, dijo, más católico que estas Procesiones».

¿Más católico? ¿Por qué? Por su plasticismo, por su realismo.

En efecto: hay tres tipos de religiones.

Unas deshumanizadas; alma sin cuerpo: budismos, nihilismos, protestantismo, sin imágenes ni liturgia. Son doblemente falsas; por sus dogmas y por su falta de humanidad. Pues es claro que al espíritu hay que llegar a través de los sentidos.

Otras son excesivamente materialistas y groseras; idolatrías, fetichismos, vacas sagradas de la India, momias de Egipto. Son también doblemente falsas: por sus dogmas ridículos y por el embrutecimiento que producen.

La Religión verdadera está en medio. Y es Jesucristo Dios y hombre juntamente. Una sola Persona en dos naturalezas. La humana tan asequible, palpable y cercana; y la divina, que se nos comunica por ella.

Por eso las procesiones españolas son tan entrañablemente católicas y verdaderas. Porque a través de sus tallas expresivas, con

oros, luces, sangre, lágrimas de cera y pelo de verdad, nos hacen asequibles y casi tangibles los misterios más sutiles y los más delgados matices de la Santidad y del Misticismo.

Genialmente había dicho San Agustín: «Acércate al hijo de la Virgen y encontrarás al Hijo de Dios».

Ese, que es el secreto de Velázquez, lo es también de las Procesiones pasionales. En eso todas coinciden.

¿Qué es lo que las diferencia?

Lo mismo que distingue a las varias regiones españolas.

Temperamentos tan acusados, caracteres tan dispares como los de Galicia y Andalucía, como los de Castilla y Levante, ¿sería posible que expresaran con las mismas fórmulas exteriores sus más íntimos sentires?

Los pueblos sin fe o sin personalidad podrán copiar hasta el más pobre detalle, las procesiones creadas por otros. Al fin y al cabo más vale imitar lo bueno ajeno, que crear lo monstruoso, lo irreverente o lo ridículo. Pero toda alma profunda, toda raza vigorosa, toda Ciudad católica de raíz, hallará aun sin pretenderlo, una expresión genuina y peculiar de su propia religiosidad.

¿No es esta, Señores, el caso de Granada?

De esta Ciudad de privilegio se han dicho cosas diversas y siempre bellas. Los poetas árabes la veían como «nido de palomas, granada de rubíes, taza de jacintos, jardín del amor y puerta del paraíso».

Vélez de Guevara, cristiano ya, habló «del fuego que todos los que nacen en aquella tierra, tienen».

Teófilo Gautier, con su bandada de románticos, la estilizó en «una Jerusalén celestial, edificada de oro, que vemos perderse en lejanías azules».

Pero creo yo, que la realidad de Granada es más fuerte y más rica. Parece nacida del silencio y la luz. Los protagonistas de su vida son el sol, el agua y el ciprés.

Muchos años después recordará Unamuno: «En Granada pasé una de mis quincenas más repletas de vida. Mientras viva, reposará en el lecho de mi alma, por debajo de la corriente de las impresiones huideras, aquella santa caída de la tarde, que a principios del dulce mes de Septiembre, gocé en el Albaicín todo blanco de recuerdos. Fué como un baño en algo etéreo. Las lágrimas me subían a los ojos; y no eran lágrimas de pesar, ni de alegría: éranlo de plenitud de vida silenciosa y oculta».

¡Privilegio el nuestro, señores, de tener siempre ante el alma estas santas caídas de la tarde!

Granada es el regazo cálido en que fermentan y se funden razas, culturas y escuelas de arte. Sin Edad Media, adoptó rápidamente las tres unidades de la vida medieval: la de Religión, la Política y la de Cultura. Se cristianizó, no por nacimiento, sino por conversión; lo cual dió a su vida un tono de plenitud, equilibrio y vigor, propio de la madurez, aun desde sus principios. Por eso su historia es juvenil y caballeresca; y tan seductora, que toda ella se ha convertido en romances, que son lo único inmortal de la Historia.

Cuajó entonces esa alma originalísima que Gallego y Burin analiza tan sutilmente en su «Guia». Estos son los andaluces ariscos en que se compensa lo sentimental con lo profundo. Aljibe reposado, quieto, es cada espíritu, de cuyo fondo suben a la superficie clara esos dos lirios de agua, que son, la seriedad con puntas de humor y el intimismo contemplativo. Temperamento irremediablemente artístico y religioso.

En consecuencia; al lanzar a la calle vuestras Procesiones, como toda ciudad de abolengo y vida interior, tenéis que obedecer a una ley: la de la tradición.

Un pueblo sin tradición es un pueblo hospiciano, listo para todas las novelorías y todas las revoluciones.

La tradición artística y religiosa es el peso de sangre, de vida y de siglos que nos aploma en la conducta y en la línea paterna.

Traición sería amañar o copiar formas procesionales, que, en el mejor de los casos, jamás superarían ni igualarían a las heredadas.

Permitidme que os presente tres tipos muy distintos de procesión tradicional; no para que copieis ninguna de ellas, sino para que os afirmeis en lo que todas tienen de común: la fe en Jesucristo y en sí mismo.

Sea la de Valladolid el ejemplar de Procesión castellana, como pudiera serlo también Zamora, Benavente o Medina de Rioseco. «Toda Castilla es cumbre», dijo Unamuno.

Esa tierra parda, igual, austera fecunda, produce una casta de hombres pequeños, secos y duros que concentran en sí ideas muy claras y pasiones muy nobles. Se presentan con una sobriedad que a otros parece desnudez excesiva. Francisco de Cossío ha escrito: «El equilibrio y la gravedad son los caracteres del alma castellana».

Es Ortega Gasset, quien descubre su defecto. Hace él su estudio de vaga filosofía, sobre la «Geometría de la Meseta».

La vertical es el chopo; la horizontal es el galgo; la oblicua es el arador inclinado sobre la esteva. ¿Y la curva? ¿Cual es la curva?, pregunta el escritor al labrador. Y éste replica, con gesto de dignidad ofendida: ¡Caballero, en Castilla no hay curvas!

Como esas almas es la de Berruguete. En ese crisol fundió la suya el borgozón Juan de Juni y el gallego Gregorio Fernández.

Los desfiles pasionales de Valladolid son cinco. Cristo Preso visita la Cárcel; Cristo llagado visita el Hospital. La Universidad convertida en Cofradía de los Docentes, lleva en alto a la Verdad en agonía, que se llama el «Cristo de la Luz», armonioso y trágico Crucificado de Fernández. El Viernes Santo la Ciudad entera se congrega con sobrecogedora seriedad a un sermón de multitudes, ante un Calvario de Berruguete, en la Plaza Mayor; la misma en que Felipe II presidió algún Auto de Fe, la misma en que cayó bajo el cu-

chillo y fué colgada de una escarpia la cabeza noble de D. Alvaro de Luna.

La gravedad majestuosa del Santo Entierro, ya precedida por Veinte Pasos procesionales, desnudos, doloridos. Ya en la noche cruza sola las calles en penumbra la Virgen de los Cuchillos. ¿Sola? No. Es la procesión de las madres, de solas las mujeres, de todas las mujeres.

Es un río de aguas negras y susurrantes. Ni músicas ni cantos. Todo rezos y llanto. Y al fin, por fondo, la portada de piedra, vuelta la Dolorosa a las doloridas, se canta la salve popular en castellano de Castilla: ¡Oh clemente, oh piadosa, oh dulce Virgen María!

«En el aire, dice Martín Abril, en el aire está el secreto de Castilla».

Es la amplitud, la verdad, la honrada exactitud; es un baño de nobleza que limpia los ojos y los pensamientos. Aire de cumbres con peso de espiritualidad y ascetismo. ¡Todas las sentencias de Tomás de Kempis están deshojadas en él!

En ese fondo translúcido recortan sus aristas duras las tallas febricitantes de Berruguete, Fernández y Juni.

Este último vió sus figuras en un remolino de llamas de oro. Sufren y se consumen retorciéndose, como pabilos de eternidad. Gómez Moreno le llama «el sensualista del dolor».

Berruguete robó a Miguel Angel la grandiosidad, la perfección anatómica y el expresivismo. Y convirtió su paganía en éxtasis y ternuras.

El Cuerpo de Gregorio Fernández, incorrupto hasta hoy, parece aureolado de santidad. En su taller del Campo Grande «que hoy es corral» dice Cea Bermúdez, se oían de continuo unos golpes secos o suaves y una rítmica con voz femenina; gustaba al maestro que durante su labor le leyeran las Meditaciones de Fray Luis de Granada.

Dineros que llegaran a sus manos pasaban sin demora a las del pobre.

¿Cómo no iba a dejar en el tronco de encina aquella serena dulcedumbre de su espíritu? El decoro noble de los rostros, la blandura de la musculación, la armonía virgen de las formas, la sencillez casi elemental de la técnica ¿no le hace hermano espiritual de Fray Juan de los Angeles o del vallisoletano Padre Luis de la Puente?

¡Y qué fiel es el pueblo a sí mismo! Tres siglos más tarde vió Gabriel y Galán la procesión del Nazareno. Se queja de que los hombres de hoy no son los mismos de ayer. Pero su descripción se podría aplicar sin suprimirle nada a cualquier procesión de nuestros siglos grandes, en que los hombres iban «con hachones encendidos y semblantes apagados» y las mujeres eran «como aquellas, como aquellas que a Jesús iban siguiendo».

¿Calcaremos, pues, estas fórmulas severas?

Granada. Tú eres seria. Pero eres meridional. Enciende tu Fe y ponla a la altura de los que te conquistaron y espera a que esa misma Fe produzca su propia expresión. Prepara tus terciopelos y tus joyas; que la Virgen sabe bien que Andalucía siente con los ojos y comprende con la imaginación.

¡Sevilla! Para Azorín, Sevilla es cuatro cosas: El silencio, la elegancia, el señorío en el vestir y en el obrar y, por fin la espiritualidad. Una profunda espiritualidad creada por una larga tradición de arte, de poesía y de riqueza.

Este es el pueblo que incorporó la idea religiosa a su esencia y a su vida: por eso su Semana Mayor, no es un accidente en el año, sino su flor y su corona.

Calumnia sería calificar de frívola esta piedad, que es la manifestación más legítima de un espíritu colectivo, depurado por siglos de Fe.

Es devoción optimista, pero también austera; verdadero amor de Dios.

Y como todo amor no falsificado, es alegre, confiado, gracioso y derrochador.

Su manifestación artística es el primor y el fervor. ¡Primor y fervor de su marianismo!

Sevilla es tu Camarera
con manos de mariposa;
las manos que bordan flores
en mantos de dolorosa.

Marianismo que enloquece a este pueblo juvenil que en lo días grandes, ni duerme, ni come, por andar espiando en todas las esquinas la mirada y la sonrisa de su Reina: que entre cirios, claveles, joyas y bordados se acerca, se detiene, la mira y pasa. Pero en esa mirada le deja optimismo para todo el año.

¿Porque ella sigue desvelada todas las efemérides de la Ciudad?

Murió Joselito «bronce y palmera del Guadalquivir» y Ella siempre Madre recogió el traje verde y oro de las tardes triunfales; y lo convirtió en túnica suya. El primer Viernes Santo el pueblo comprendió y cantó:

«...porque hoy estrena
lágrimas de verdad
la Macarena.»

Y fijándose un poco más en los detalles después del tremante «jipio» desgranó estos cuatro versos.

«viene pisando claveles
la Madre de Dios bendito;
trae en su saya, caireles
del traje de Joselito»

Las tallas de la Roldana, Ruiz Gijón, Juan de Mena y Montañés

son allí personas vivas, tan familiares a todos, que cada uno puede describir su historia, su expresión, su psicología y su belleza.

Pero quizás el rasgo más acusado de estas conmemoraciones es «su populismo».

«Las Cofradías son 46 y los Cofrades 13.800, orgulloso cada uno de sus Titulares y de su Hermandad. Porque realmente no hay sevillano ilustre que no se haya calado el Capirote. D. Juan Alonso Coronel, el hijo de Guzmán el Bueno; toda la familia Cervantes con el sublime Manco; los imagineros y pintores Pedro de Mena, Pedro Roldán, Martínez Montañez, Velázquez, Murillo, Zurbarán, Ribera, Pacheco; Dáoz, el del dos de Mayo.

En 1394 se fundó la de los Negritos, para pobres gentes de este color: y en 1946 otra para ciegos y sus lazarillos. Todos. Los que triunfan y los que lloran, porque todos están seguros de la amistad de Cristo y del cariño de la Madre común. ¡Penitencia y confianza! Las dos alas que necesita el corazón humano.

Toda esta Liturgia sevillana, afinándose y depurándose durante siglos ha producido su obra perfecta: el Paso particularmente el paso de la Virgen.

Es un logro de belleza perfecta, imitado casi en toda Andalucía.

Cierto. La belleza se puede imitar, incluso se puede copiar. Pero le queda a Sevilla algo inigualable, algo insobornable. Ese algo se llama Gracia.

Y la gracia que en lo humano es superior a la Belleza, porque es la misma belleza en movimiento, en lo divino es una participación creada del mismo Dios. Y en ese rompiente de humana y divina luz, aparece extasiada durante una semana la Ciudad de la Gracia.

Al enamorado de esos encantos se le llama «Capillita».

Este es el ser que se consagra entero y verdadero a su Cofradía con un apasionamiento absorbedor.

El bulle, piensa, pide, da, planea, discute y se lleva sus ratos largos en la Capilla penumbrosa soñando en el día grande en que de nuevo sea su Virgen ¡la suya! quien se lleve el mejor piropo de toda Sevilla.

Ahí lo tenéis. A su modo es un asceta. ¡Es una edición en rústica traducida al sevillano del «Camino de perfección» de Santa Teresa de Jesús!

La primera Cofradía de Murcia se fundó el año 1600. Y en 1736 sustituyó Salcillo las antiguas efigies por las que hoy llenan de gestos simpáticos el aire infantil de la madrugada de Viernes Santo.

Es una procesión dieciochesca, barroca, de estilo Luis XV. Y a mismo tiempo jugosamente popular.

Estos cofrades de túnica dorada, dejan bien visibles sus piernas fornidas, cubiertas con unas gruesas medias blancas, con repiscos, sujetas fastuosamente con unas ligas muy rizadas. Hoy ese es un rito. ¿Pero quién no se acuerda de aquellos trajes suntuosos de la moda francesa del XVIII? Soñamos con casaquín bordado, la peluca blanca con su lazo y el calzón corto de seda.

El pueblo huertano, apasionado y súbito, maciza las calles y se emociona ruidosamente bajo las notas lamentosas, rudas, extrañas, muy largas, de no menos largas trompetas. Sólo ellas crean un ambiente de misterioso pánico.

Estamos en otro siglo, y asistimos al lúgubre pregón de un ajusticiado.

Ese es el desfile de los que le van a ahorcar en el tabladillo de la plaza.

El corazón se nos aprieta, porque sabemos que ese dulce reo es Jesucristo. Nos envuelve un terror místico.

Y ahí tenéis el contraste tan español: el Paso de la Cena va servido de verdad, con pan, manjares y fruta; y en las copas las servilletas en abanico.

Y los mismos Cofrades llevan guardados dentro de su loba plátanos, pan, naranjas y huevos duros para su colación y también para repartir a los muchachos.

Aquí el hieratismo litúrgico se disuelve en algo caliente, doméstico y familiar como era la sólida piedad teológica de nuestros abuelos.

La serie de los Pasos es de tal fuerza sugestiva que levantan en vilo al espectador. Cerrados todos juntos durante el año en su Iglesia de Jesús, cargan el aire de patetismo y electricidad. ¿No saltarán pulverizadas estas paredes?

Apenas salen al cielo libre y a la luz total, aquellas figuras crecen, crecen y lo llenan todo. Fueron creadas para emocionar multitudes con su patetismo teatral y el oro translúcido de sus escalfados.

Murcia, la de Salcillo, ablanda y cautiva por su verdad casera y tradicional.

Ni envidia a nadie, ni cambia lo que es tan suyo. Cuanto es más fiel al propio estilo, más se vigoriza la personalidad.

Por fin, Granada. ¿Cómo vas a lanzar a la calle tu alma y tu historia hecha arte y oración?

Esta Ciudad tiene los tres elementos que esencialmente constituyen una Semana Santa procesional. Estos son: el ambiente, la escuela de arte propia y la religiosidad viva y sincera.

Aquí se vive lo bíblico y oriental. Y aquí se respira lo entrañablemente español. No es una mezcla absurda e incongruente; sino es una superación del espíritu sobre la carne, del ciprés sobre las rosas.

El último suspiro de la Madre de Boabdil se pierde en los rezos de Isabel.

¿Hay nada más evangélico que el Albayzín, que la Alhambra con sus torres y lo que queda de la Ciudad vieja?

¿No se puede esos días sentir uno sin gran esfuerzo en la misma Jerusalén?. Un Cristo de túnica morada subiendo cualquier calle estrecha, empinada o en escalones de piedras nos traslada a la realidad divina...

En el juicio de cualquier puerta puede esperar una Verónica: en cualquier esquina o revuelta pueden estar refugiados San Juan y Ntra. Señora, siquiera para entregar su alma al Hijo con una mirada. La quebrada dura del Darro puede ser el Torrente Cedrón, con el sordo gemir del agua por Cristo. El Cerro de San Miguel con su muralla, bien puede figurar el Calvario. ¿No es esa la impresión que deja el Vía Crucis matinal del Viernes Santo, entre pitas, chumberas y tapias blancas?

En aquellas alturas desaparece lo urbano y convencional; el cielo lo envuelve todo en su silencio; los niños con los ojos de par en par se asoman de rodillas entre todas las macetas puestas a la puerta y las colchas de colores y sedas colgadas por las ventanas y clavadas por las tapias. Se comprueba una vez más que lo sencillo es lo verdadero y lo bello,

«Cortejo de penitencia —el de los hombres cansinos
de los catorce altares —a lo largo del camino».

Pero lo fuerte, lo elemental, es la subida a plena noche del Crucificado de Risueño al Sacro-Monte. Aquí es una raza pura, hirviente de pasión la que se esparce como polvo bronceado bajo los pies de Cristo que pasa.

Es lo más misterioso de Granada. No hay casas, ni calles, ni fluido eléctrico; la sombra nocturna agranda los derrumbaderos y las quebradas. La luna pone en todo una luz de Eucaristía. Y allá va

el Redentor por la Naturaleza pura y ruda, por las alturas, entre chumberas y cuevas. Los «calés» encienden hogueras múltiples que inquietan el espíritu, como una consigna misteriosa, como un rito exótico; y en la boca de las cuevas canta su saeta rasgando a tirones la sombra enrojecida por las llamas, una mujer gitana, o un muchacho, o una niña. Este concierto único le sitúa a uno fuera de lo previsto: en el Oriente, en Jerusalén mismo, en un mundo de pasiones elementales y vigorosas.

Y allá enfrente surge el granadino auténtico, el solitario, el contemplativo. ¿Le habéis visto?,

Por las laderas de la fuente del Avellano, se pierden unas sombras: son los refinados, los enamorados de la soledad, de la ternura silenciosa y de los cuadros coloristas.

¡Ay! En el fondo de vuestro espíritu dialogan siempre la seriedad y la contemplación.

Esos mismos espíritus serán los que se pierdan entre las piedras nobles de la Alhambra bajo una comba de estrellas, junto a las acequias reales, para sentir resbalar entre ellas, como un sueño irreal fascinador de luces de colores con murmullo de bosque, a Nuestra Señora de las Angustias de Torcuato Ruiz del Peral. Esos serán los que se asomen al Cubo para ver desde lo alto, como los Angeles, el hilo de oro que deja tras sí pegado al Darro Nuestra Señora de las Maravillas.

Cuando ese Jesús flagelado sale de San Pedro sobre el murmullo del Cedrón, que es el Darro, las Santas Mujeres, que son las Bernardas o las Dominicadas, se apresuran a encender tras las celosías muchas candelitas de aceite. ¿Angeles que encienden sus estrellas?.

Y cuando la Reina dolorida pasa entre ellas, salen como de otro mundo unas saetas sin punta y sin filos, saetas cantadas por monjas. ¿No son el pañolito perfumado, de espuma, que le tienden estas nuevas Verónicas, para enjugar el llanto de la Reina triste?.

Pero quizá la Proceión más granadina y más auténtica, es esa

que no lo es: la bajada del Cristo de la Misericordia para su Quinario. Por difíciles callejuelas de piedra en escalones o en rampa, un grupo de hombres silenciosos carga con su Señor, recién muerto, tendido, blanco, sobre un damasco purpúreo. ¡Que misterioso es esto, que grande y que verdadero!. Parece una pintura de Sert para la Catedral de Vich. ¿Serán aquellos mismos varones que recuperan de la autoridad romana los despojos aún calientes del Maestro y lo embalsaman con el agua de sus lágrimas? ¿Será un pelotón de cristianos que como D. Luis Quijada ha arrebatado a los moriscos o judíos al Rey adorado derramando sangre propia y ajena? Y ¿No os parece este desfile un símbolo de toda la historia de Granada?

Vuestra imaginería tiene una Unidad fuerte: acusa el temperamento del creador de la Escuela: apasionamiento y aristocracia espiritual. Alonso Cano era una personalidad acusadísima. Perseguido por la justicia del Rey por sospechas de haber hecho matar a su esposa, entra en Granada como Cantor y luego Racionero de la Catedral para lo cual le fué preciso ordenarse de subdiácono: y por lo cual se le dió taller en la grandiosa torre.

Tan enemigo de judíos, que ropilla suya rozada por alguno, no la volvía a usar y aún mandó desladrillar su aposento porque uno lo había pisado, Pero al par era de tan apurado gusto, que puesto ya en agonía rechazó el devoto y basto crucifijo que le daban a besar, diciendo mansamente: «Deme, padre a besar una cruz lisa, que yo en ella adoraré al Señor tal como le tengo en mi idea».

Su genio creador es reconocido; él, discípulo de Montañés, recogió la obra del gran Diego Siloé, de Alonso de Mora, padre de Pedro; de Juan de Aragón; de Pedro de Raxis y particularmente el vigor y la técnica del egregio Pablo de Rojas, maestro de Montañés y de Gregorio Fernández probablemente, y abuelo espiritual de José de Mora y Pedro de Mena, así como Cano lo fué de Torcuato Ruiz del Peral y de José Risueño.

¿Habéis soñado en la serie de figuras pasionales de estos Maestros que pudieran formar vuestros desfiles? Cierto que no abundan.

los pasos de misterio: cierto que este estilo no es efectista, ni gesticulante: cierto que esas Vírgenes y Cristos son intimistas.

Pero ¿Por qué vuestras procesiones no han de tener ese mismo carácter?. Si han de ser genuínas, han de corresponder a la tradición, a la raza y al sentir heredado, y lo vuestro es la hondura, el extásis, la aristocracia.

Las Vírgenes vuestras —voy glosando a Emilio Orozco— no son las laceradas víctimas castellanas, ni las anhelantes y móviles de Sevilla. Por una ley secreta y real, ley del espíritu bético, vuestras Vírgenes son solitarias, refinadas, meditativas: sumergidas en su pena y en su silencio.

Como esa Virgen de las Angustias que cruza sus brazos sobre el pecho y baja sus párpados, porque la mirada se le ha perdido dentro de sí, son las de Mena y las de Mora. Ya Risueño y Ruiz del Peral amplían el gesto y el énfasis: nunca demasiado. Pero Mora las cubre con la línea simple y cerrada de un amplio velo; enlaza sus manos y de rodillas unas, o sólo el busto otras, lloran y lloran en amarga paz.

Las lágrimas; no el grito ni la contorsión: el llanto tan femenino es la manifestación dolorosa de éstas Vírgenes.

¡Que lejos aquella Piedad vallisoletana que sentada en rocas, con el Cuerpo del Hijo tendido a lo largo y sosteniendo su cabeza sobre el corazón, levanta su mano y su mirada para ofrecer grandiosamente la Víctima Universal!

¡Que lejos la de los Dolores también de Fernández que clava en su pecho una enorme espada, apretada con su mano por la hoja misma: y con los ojos en alto, hace la oblación de Sí, como Víctima Corredentora!. Es lo asequible a todos. Y sobretodo ¡Qué distantes éstas Vírgenes del recato, de aquella de Juni, con sus siete cuchillos y su contorsión casi desesperada!. Allí el grito de leona herida por el abandono; aquí, la aceptación suave y femenina. Es lo señorial frente a lo popular.

«Es el triunfo de lo femenino que en todos los grandes ocasos se produce en el arte».

Y de vuestros Cristos diríamos igual: los de Rojas de la Catedral y del Sagrario, el de Mora flor de los anteriores. ¡Que bellos en su armonía y en su ritmo perfecto! Fuertes, recios, briosos, humanos, cálidos, los de Rojas: exquisito, marfilino, tierno el de Mora. Pero todos ellos, muertos en paz amorosa.

En Mora dice Eugenio D'Ors: «el decadentismo quintaesenciado llega a una turbadora modernidad».

No es aquel espanto seco del de la Luz, de Valladolid, hecho para impresionar los sentidos.

El Crucificado andaluz se envuelve en una luz suave y matizada; compone sus miembros con noble resignación, sus gestos son contenidos, sin retorcimiento ni violencia.

Así como la Inmaculada granadina, a juicio de Gallego Burín, es el término de una evolución depurativa. Rojas, Montañés, Alonso de Mena y al fin Alonso Cano; así el Crucificado, ¿no lo sería de ésta: Rojas, Montañés y al fin Mora?...

Del Cristo de Rojas, que hoy preside la Capilla de la Casa de Acción Católica, al Cristo cumbre de la Sacristía de los Cálices en Sevilla, no hay más que un proceso de evolución y perfeccionamiento.

Montañés fué quien concentró más divinidad e idealismo en sus tallas equidistante del realismo castellano y del extremismo barroco, se centró en un equilibrio clásico el más apto para expresar lo espiritual y lo íntimo. Es la mejor representación de la piedad bética.

Granada, en vez de derivar como Mesa, a lo barroco extremo, se inclinó con Cano, Mora y Mena, a lo patético, quintaesenciado.

Los Cristos granadinos, el de Mora que es su flor, no encarnan la angustia agonizante; ni como el de los Cálices, el dominio sereno

del amor sobre el dolor. Encarnan la paz de la redención ya consumada: el Cuerpo aún blando y virginal no acusa vibración ni violencias, es nácar o marfil finamente manchado de sangre; la cabeza caída revela la Víctima voluntaria; belleza y finura sobre la tortura.

A tono con ésta imaginería, el ambiente procesional debe ser hondamente piadoso y recogido.

No cuadran aquí el bullicio profano ni el ruido. Aquí, como en parte alguna, precisa volver al silencio, fórmula pura de oración penitencial; o al rezo convertido en descalcez en cruz sobre el hombro, o en saeta febril. Se sale a creer, a rezar, a meditar, a sentir.

España que enseñó a rezar al mundo, con fórmulas verbales, debe seguir cada año su magisterio popular con métodos intuitivos.

Una Procesión pasional bien lograda es la síntesis y concentración de todas las fases, grados y escuelas de la religiosidad patria. La prueba es clara. Una procesión es el Credo, tan español como ecuménico, tal como Osio lo pinceló a martillazos sobre la herejía; y ante esas Dolorosas, la procesión es también la Salve empapada en la nostalgia gallega de San Pedro de Mezonzo, y en sus paradas la procesión es también el Rosario con sus dieces gruesos, el que fué enseñado por el palentino de Caleruega Domingo de Guzmán.

Y es más. La procesión pura, la silenciosa bajo el capirote, es la Meditación Ignaciana tan seria como fecunda, médula de los Ejercicios Espirituales.

Y en los momentos grandes de exaltación lírica o estética, cuando un Cristo se recorta sobre el terciopelo morado del atardecer o en la seda negra de la noche, entonces la Procesión es el Misticismo de Teresa de Jesús y Juan de la Cruz; de aquella mujer que se convirtió a la Santidad ante la Imagen de un Cristo muy llagado; y de aquel hombre que oyó de un Jesús con la Cruz a cuestas: «Juan, qué quieres en premio de tus servicios».

La Música dicen que es la expresión de lo inefable. A lo que la

la palabra no llega, lo que en ella no cabe, cabe en cuatro notas trémulas en el aire como alondras abiertas en forma de Cruz; como la madrecita alada sobre un trigal: y si se trata de una saeta andaluza, entonces, como una paloma que cae como un tiro en el corazón.

Más expresivo que la Música, sólo queda el silencio. Estas son las dos únicas cosas que se deben oír en torno a Cristo.

Saetas eran las Coplas del pecado mortal que en las calles y en alta noche entonaban los frailes misioneros del siglo XVI.

Saetas, las letrillas de los «auroros» y los campanilleros.

«A tu puerta están las campanitas
levanta, cristiano, si las quieres ver;
que ya viene la Virgen María
derramando rosas al amanecer»

Las saetas de Pasión, son de tres clases: narrativas, sentimentales y morales. Todas ellas fragantes, de limpia y sencilla poesía popular y radiantes de intuición psicológica de los personajes y las escenas.

«Estrellas de dos en dos
luceros de cuatro en cuatro
acompañan al Señor
la noche del Jueves Santo»

Así con ese suave misticismo y esa aureola teológica sabe el pueblo ver al Redentor.

A la Virgen la ha mirado siempre el pueblo con una suave y dulce inocencia y una cálida sonrisa maternal:

«La calle de la Amargura
está llenita de lágrimas:
que las derramó la Madre
por el Hijo de su alma»

En fuerza de sabiduría evangélica el pueblo se había familiari-

zado también con los personajes secundarios, tanto que le es permitida la ironía siempre respetuosa y alguna que otra audacia verbal sin vulnerar el dogma.

«Allá van las tres Marías
con los tres «calis» de plata;
arrecogiendo la sangre
que Jesucristo derrama»

«En el Calvario dan golpes
Magdalena ¿Qué será?
será Jesús Nazareno
que le empiezan a enclavar».

«Cantares, cantares de la tierra mía: quien dice cantares, dice Andalucía» —suspiraba Machado—

Sí; porque este pueblo senequista, colorista y sentimental tiene la genialidad de la concisión transcendente y de la alada ligereza.

¿Qué es una saeta? nadie la ha definido mejor que el mismo Manuel Machado:

«Cantar del pueblo andaluz
que todas las primaveras
anda buscando escaleras
para subir a la Cruz»

Y con esto señores, debiera callarse ya el bocero, el nazareno de la bocina.

Pero me doy cuenta de que os he defraudado; de que en vez de este simple friso religioso que he intentado diseñar, debiera haber ensamblado un Retablo español, con los grandes relieves pasionales, de esta Semana Mayor.

Este Retablo genial ante el que estamos, obra de varios Maestros anónimos, me debiera haber inspirado y servido de modelo.

Sí. Porque España es un Retablo. En él su historia y sus héroes, que irradian un oro viejo que fascina.

Que ¿qué es un retablo? Un retablo es una obra típica de nuestros genios en que se concentra nuestro Dogma, nuestra Mística, nuestra Ascética, nuestra Historia con su vida, pasión y resurrección.

Ante ese retablo aprendemos todos nuestro catecismo patrio y rezamos por nuestros abuelos.

Por eso, esos aureos tableros que yo sueño, coincidían con el que tenemos delante en los dogmas centrales: un Sagrario, una Inmaculada y un Crucificado. Y entre ellos ese hombre, símbolo de la Raza: ese Doctor fibroso, seco, incandescente, casi hecho pavesas por la luz interior y en vez de esos relieves de las escenas de Cristo ¿qué temas elegirá mi fantasía? ¿Pondré a Cervantes, con su mano en la mejilla, meditando en la cárcel su fracaso en la vida y su sueño genial?

¿Pondré a Juan de Austria, agonizando en un palomar de Flandes, cuyos tejados rotos cubren manos de soldados, con damascos carmesí?

¿Pondré a Gonzalo Fernández de Córdoba, con la mano sobre la frente, mirando de lejos su Italia y sus victorias, desde este peñasco de Loja que era su destierro?

¿Pondré al Capitán Don Iñigo López de Loyola, apretando dientes y puños cuando le serraban un hueso de la rodilla, por no dejar de ser el mozo galán y «polido»?

O ¿representaré a la Reina Isabel, estudiando latín con D.^a Beatriz de Galindo y sus damas para alentar a su Infante D. Juan, al que llamaba el «mi angel»?

¿O a Teresa de Jesús con la pluma en la mano, la paloma en el oído, y el dardo de oro en el corazón?

¿O será Cisneros, sonriendo ante las travesuras de sus estudiantes de Alcalá?

O haciendo realidad el sueño ¿Pondremos la noble pareja de D. Pedro Crespo, el Alcalde, disputando de honra con D. Lope, el Capitán?

¿O aquél Mio Cid tan realista, dando su mano y su apoyo a D. Quijote?

¿O grabaré por fin al Rey Prudente corrigiendo con Herrera los planos del Escorial o discutiendo de pintura con el Greco?

¡Sobran, sobran personas y faltan espacios! Que pequeños somos aún para contar éstas grandiosidades!

Y todavía firmes, enormes, como sostén arquitectónico, los grandes santos españoles: Santos Apóstoles, Santos Doctores, Santos Fundadores, Vírgenes fuertes y finísimas. ¡Santidad española, cuyo matiz es la grandeza, el extremismo, la acometividad!

Habría que cincelarlos triunfando con sus armas en las manos; que son el Crucifijo, la espada, el libro o la disciplina.

Por eso también mi retablo patrio quedaría cobijado, como éste que veis, por solemnes bóvedas cubiertas de guerreros: es la España que cubrió dos mundos, con la constelación de sus aventureros que eran la fé hecha milicia y conquista.

Entre ellos queda un puesto que es el nuestro. ¿No lo veis? Ahí en la parte baja hemos hallado nuestra postura definitiva en el mundo y en los siglos: es la de ese Gonzalo Fernández «Gran Capitán» armado de todas armas, en vela perpetua de caballero y también en perpetua contemplación de cristiano.

¡Seremos como el, el heroísmo arrodillado!

Porque eso es, en definitiva, ser español, señores.

He dicho.

IV

Excmo. Sr. Don Antonio Gallego y Burín

Alcalde de Granada y Presidente honorario de la
Federación de Cofradías

N. de la R.—Tres magníficos pregones de la Semana Santa granadina hubo en el año 1950; los tres pronunciados desde Radio Nacional de España, en Madrid, en la noche del 1 de Abril.

El primero de estos Pregones, lo pronunció el Excmo. Sr. Don Antonio Gallego y Burín, alcalde de Granada y Presidente honorario de la Federación de Cofradías, siendo Presidente efectivo de la misma el Ilmo. Sr. Don Ramón de Contreras y Pérez de Herrasti.

He aquí, el Pregón del Sr. Gallego y Burín:

La Semana Santa de Granada no es espectáculo ni bullicio, sino evocación devota de divinos episodios

En su silencio y en su seriedad está su grandeza

Y al servicio de ella, un paisaje único

Para cada episodio, un escenario, y para cada escenario,
una figura acomodada a él

«Sobre una ciudad como Granada, tan cargada de historia oriental, en la que, con aire de eternidad, señorean su cielo y su paisaje la Alhambra y el Generalife, pesa, no obstante, con presencia impalpable, pero cierta y perenne, el recuerdo romano de la Ilíberis redimida por San Cecilio, en la que el primer concilio de las cristiandad dió a las tierras de España sus constituciones, que tenían el sabor de la sangre de los santos inmolados en las cuevas sacromontanas, vieja acrópolis que, frente a la Alhambra, se alza como un penacho de triunfo sobre ella.

Sobre ella también, fué sobre la que Carlos Emperador —símbolo de la hora europea de España— levantó su palacio de piedra, divisa de su poder, como unos años antes, sus abuelos habían alzado un gran templo para sepultura suya y en afirmación de su fe.

Con las oraciones hechas acción de estos reyes, y esas piedras imperiales que recordaban la tradición romana de Granada y enlazaban con ella, fué bautizada esta ciudad, rebautizada, cristianizada nuevamente, con óleos y con mármoles, que avivaron el verdor de su vega y pusieron sus brillos de oro en el morisco paisaje de cal.

ALEACION DE LO CRISTIANO Y DE LO MORO

¡Qué genial aleación ésta de lo cristiano y de lo moro, que allí se mezclan y se funden y disuelven sus matices en aquella luz incomparable!

Porque Granada es todo eso y de eso nace y renace. Palmera del Oriente sobre tierra cristiana. Arcos renacientes y siluetas barrocas recortados sobre paisajes orientales.

Pero, pudo más lo que tenía que poder, y los trazos netos de la Cruz dibujaron la nueva geometría de la ciudad, que en ella encuadró su nuevo espíritu, proyectado desde allí, por divino designio, sobre un mundo nuevo, con ímpetu de conquista y con decisión misionera.

Por algo la reina Isabel quiso reposar en tierra granadina, tierra de su afán y logro de su empresa. Porque, en ella, se granó una misión y en ella se desgranó una cultura falsa y extraña. Y el más sabroso fruto de su reinado fué ese. En él, el nombre de Cristo debió saber más a mieles que en ningún otro, a los labios, reseco de andariega jornadas, de la reina castellana. Porque el amor y el dolor de Cristo fueron el motor de aquella empresa, y el signo de su crucifixión el signo de la conquista. El signo mismo de la Pasión, que ahora va a tener su conmemoración anual.

GRANADA, HIJA DE ROMA

Por eso se engañan los que, al pronunciar el nombre de Granada, quieren evocar con él íntimos paisajes orientales. La Granada honda y cierta no es esa. Bajo sus pies está sepultada, pero viva y latente, una Granada hija de Roma, con amplios y varios caminos que a Roma conducen, con tradición de cristiandad firmísima teñida de martirios. Y ante nuestros ojos esta otra Granada, también al margen de la oriental. La Granada formada en la Conquista y para la Conquista, que convirtió mezquitas en Iglesias, alminares en campanarios, cármenes en palacios y estuco en piedra. La Granada cristianizada, en la que la palmera cedió su puesto al ciprés, y en la que el arte todo, puesto al servicio de la religión, polarizó en esta la nueva alma granadina.

De ese hecho, de ese sentimiento, nació su tradición imaginera, que tiene su prehistoria en las ingenuas vírgenes norteñas de maestro Ruberto Alemán, que decoran las primeras iglesias granadinas

y que logra su floración en el siglo dorado de España, en el que, Granada matiza con notas personalísimas ese gran arte de la escultura viva, que es la cantera de que se nutre la Semana Santa granadina.

Hermandades y Cofradías en número incontable surgen en aquellos primeros y gozosos años de la Conquista, en los que toda empresa está inspirada en la mayor gloria de Dios. Para ellas fueron las muestras mejores de los artistas que Granada congregó, en su deseo de enaltecerse. Artistas de Italia y del Norte de Europa se dieron cita en ella, en aquella gran hora de su historia, a la que Castilla aportó también su arte, brusco y ardiente, como tierra de campos bajo el sol agosteño.

Pero Granada obró sobre ellos el milagro de otra conversión, haciéndoles acomodar sus ojos a su luz. Les templó el espíritu con sus aires suaves. Les acalmó el ímpetu con la brida de su vejez y de su sabiduría. Y, porque Granada sintetizaba historias y culturas, el arte alcanzó allí también una difícil síntesis, y la emoción una difícil expresión nueva. Y Granada descuaaja ese arte primero que sobre ella se derrama, para cuajar el suyo propio y poner en pie y movimiento su estatuaría pasional, en la que los granadinos se apartan de representar episodios y anécdotas del drama de la Redención. Ellos van al meollo, a la esencia, a la sustancia del drama. Allí no hay grandes grupos, ni sayones, ni otros tipos adjetivos. El arte de Granada da todo a la figura del propio Redentor y a la figura de la Madre. Crucificados y Piedades, Soledades y «Ecce-Homos» son sus creaciones, en una entrega absoluta a la culminación del gran drama: Cristo en la Cruz y la Madre sola. La Redención misma y el Dolor único es lo más humano y, a su vez, lo más trascendente. Desde los Cristos de Siloé a las Piedades de Ruiz del Peral no se interrumpe esa línea.

El alma andaluza que allí se amasa sabe dónde está ese punto de conjunción de lo humano y de lo divino, y allí lo busca y lo acaricia y lo representa, para lanzarlo a la calle con su grito de angustia que, a la vez que pregona su grandeza, punza agudamente el

alma para lograr su conversión. Pudiera decirse que este arte andaluz que, en estos días nos narra la gran tragedia pasionaria, es un arte intelectual, a través de su fe, convierte en sentimiento esa reflexión. Emoción andaluza reflejada en este arte, bien distinta de la castellana, más rígida y más lacerante. En ella no hay gritos ni gestos, sino silencios y resignaciones, reflejo de un sentimiento más solitario y silencioso, pero, por eso mismo, más hondo y concentrado, tanto que, cuando se desborda y nos salpica, cada una de sus gotas quema como el rayo de sol a través de la lente.

ARTE PASIONARIO DE GRANADA

Así es el arte pasionario de Granada, que compone sus estampas sobre un paisaje casi oriental. ¡Qué bien van, por aquel nuevo camino de Damasco, las figuras del gran drama de la Redención! ¡Qué bien van, con sus gestos resignados y sus perfiles clásicos, en medio de sus inquietudes barrocas, las figuras apasionadas de Pablo de Rojas y de Pedro de Mena, las Vírgenes calladas y amarguísimas de José de Moza, las Piedades inmóviles de Torcuato Ruiz del Peral y de Manuel González, los Crucificados rígidos y silenciosos de José Riusueño! ¡Qué bien van sobre el paisaje granadino de primavera, lleno de brotes verdes sobre fondos de nieve, de arboledas exuberantes junto a decoraciones de pitas y chumberas, flanqueando riscos y cuevas! Paisaje único para la tragedia de la muerte y para el goce de la Resurrección, con un cielo sin igual para recibir ésta.

Pero, no vamos a pregonar la Semana Santa granadina. Su pregon es su luz y el tono serio de su acento. Pregonarla, no. Exaltarla y exaltarla con una exaltación de fervores, con su propia sustancia, depurada de lo que puede tener de espectáculo y de reclamo turístico.

MURMULLO DE ORACION EN VEZ DE TONO DE COPLA

Porque la Semana Santa —la de Granada y la de todo sitio— hay que pregonarla, no con tono de copla, sino con murmullo de oración.

Y decir, que si existe y acentúa cada año su brillo es porque responde al espíritu y al sentir de aquel pueblo y a su deseo irrefre-

nable de glorificar al único gran drama y el único gran sacrificio. Y decir que esta glorificación responde y debe responder a sacar enseñanzas de ella y a hacer fecundos su simbolismo y su recuerdo. Porque la Semana Santa de Granada no es espectáculo ni bullicio sino evocación sinceramente devota de divinos episodios y conversión de la calle en templo, gran templo con bóveda de cielo y luminarias de estrellas. Y sus desfiles, callados y piadosos desfiles en los que las imágenes imponen y vierten su dolor sobre una multitud ejemplar, que entrega su alma a lo que presencia, conociendo su secreto.

La llama blanca del cuerpo del Crucificado de Mora, cruzando las sombras de la Carrera del Darro, es como la luz misma de la Redención, ante la cual viene a nuestros labios con aire de saeta, la estrofa de San Juan de la Cruz, que ciñe a esto la suma perfección.

*«Olvido de lo creado
memoria del Creador,
atención a lo interior
y estarse amando al amado».*

Y la contorsión barroca de la Piedad de la Alhambra, es como el símbolo de la conversión de la Granada mora que perdió su batalla. Y el Cristo de los Gitanos, derramando su luz sobre las Cuevas del Sacro Monte, es como el mensaje que nos llega de aquella primitiva cristiandad de Granada; y el de la Expiración, que avanza quebrando su silueta sobre las platas del Genil, es el recuerdo de que, por allí, entró en Granada la Cruz primera, al cabo de ocho siglos de destierro...

LA SEMANA SANTA GRANADINA, HENCHIDA DE ECOS DE HISTORIA

La Semana Santa de Granada está henchida de ecos de historia, rellena de tradiciones de cristiandad, maciza de sentido religioso. En su silencio y en su seriedad está su grandeza. En lo sobrio de sus tonos y lo limpio de sus perfiles y el resignado acento de sus imágenes, hijas del alma granadina, tan callada y tan honda, su mejor belleza. Y, al servicio de ella, un paisaje único que a cada paso presta un fondo distinto, de lejanías blancas de sierra, de verdes vegas

orientales de callejuelas tortuosas, viejas de siglos y de olor, de jardines y de alamedas altas. Para cada episodio hay allí un escenario y para cada escenario una figura acomodada a él, como si sus imagineros hubiesen pensado que esas imágenes habrían de tener por retablo un jardín, una calle, una montaña o una vega.

CARACTERES Y EMOCIONES NUEVOS

En el paisaje de Granada, este drama mayor de la Cristiandad, tiene su propio paisaje y los tonos orientales de su luz su mejor fondo. Por eso, allí, la Semana Santa ofrece caracteres y emociones nuevos, distintos a los de las demás ciudades, y fervores arrebatadores, en el fondo de sus silencios, que son su mejor música y su mejor canto.

Y es, porque allí se funden excelsas evocaciones con arraigados sentimientos actuales, y esas luces desvanecidas del pasado vencido, con un presente vencedor, que entrega a Dios su destino y en él deja prendido el corazón, lirio abierto al amor, entre la rosa y el jazmín de primavera que Granada brinda, como ofrenda de olor y de color, a estos días luminosos de su abril suave, en los que el aire y el agua, el pájaro y la flor, entonan su saeta dolorida y anuncian la alegría de la Resurrección.»



LA SEMANA SANTA EN GRANADA
DE ECOS E HISTORIA

La Semana Santa de Granada está hecha de ecos de historia, rellena de tradiciones de cristiandad, marca de sentido religioso. En su silencio y en su seriedad está su grandeza. En lo sobre de sus tonos y lo limpio de sus perfumes y el resignado acento de sus imágenes hijas del alma granadina, tan callada y tan honda, se mejor hacen. Y al sercicio de ella, un paisaje único que a cada paso presta un fondo distinto, de lejanas planas de sierras de verdes vegas

V

Don Manuel Benitez Carrasco

Inspirado poeta granadino

N. de la R.—A continuación del
Pregón del Sr. Gallego y Burín, la
misma noche del 1 de Abril de 1950,
y desde los micrófonos de Radio
Nacional de España en Madrid,
pronunció el siguiente Pregón, el
ilustre poeta granadino D. Manuel
Benitez Carrasco.

LA ANGUSTIA DE GRANADA

Si la angustia fuera pájaro, Granada estaría llena de más pájaros todavía. Si la angustia fuera fuente, Granada estaría llena de más fuentes todavía. Si la angustia fuera silencio, Granada estaría llena de más silencios todavía.

Granada tiene siempre el corazón callado, pero la voz a punto, como un ruiseñor, que, dormido, cantara.

Granada va, con su vocación de fuente, asaetando su aire siempre otoñal; ese aire casi dolor pero nunca doloroso, que no llega a temblor y está siempre temblando, que puede ser angustia mortal, y se queda en sutil pena bienhechora; ese aire de pasión y de amargura, que no sube hasta el Calvario, sino que se queda en el lunado Huerto de los Oliivos.

Granada, la monja de Andalucía y siempre novicia del silencio, nunca tiene en los labios la plegaria abierta, clara y franca, como un padrenuestro en boca benedictina, ni el canto grandioso y orquestal como un salmo en labios de David. Sino que, como novicia, tiene miedo de alzar la voz; porque sabe, además, que Dios suele acercarse tanto a nosotros para escucharnos, que más que la voz escucha el pensamiento. Y como novicia, tiene el rubor de mover los labios, no sea que tras un pliegue, un diablillo venial asome una sonrisa vanidosa.

GRANADA CONVENTUAL

Granada musita. Y Granada musita, porque es conventual. Y Granada es conventual, no ya por la árabe monotomía que pesa sobre su sangre, sino por ese conjunto de quietud, poesía, tristeza, paz, que la hacen huerto de monasterio, donde Dios habla con la fuente, el pájaro dialoga con el ciprés, y el hermano Francisco aprende su diaria lección teologal de labios de la hermana espiga.

Granada verde y húmeda peregrina del silencio, musita, que es como decir que canta silenciosamente para dormirse rumorosamente.

Y si Granada es conventual, unida siempre a Dios por su silencio, es natural que la Semana Santa no llegue a Granada como una peregrina, con una improvisada y tremenda carga de dolor, sino como la enlutada señora de la ciudad, con una más llevadera, menos aparatosa y más religiosa carga de Cristos doloridos.

Granada es una perenne Semana Santa, asaetada siempre, tocada siempre de reminiscencias de calle de Amargura, de calvarios, de huertos de agonía. Es como un itinerario de pasión.

Ese Arco de Elvira, ¿no es acaso un buen arco, bajo el que Cristo puede hacer su entrada triunfal en Granada?

Y ese bosque de la Alhambra, transido de raíces y de pájaros, ¿no es acaso un buen huerto para que un ángel vuele con un cáliz amargo entre las manos, para que un Judas apostado tras un árbol, dé un beso traidor, y para que Cristo se arrodille, tiemble y tema...?

Y ese Albaicín esquinado, empinado, propicio para el tropiezo, el cansancio y la caída, ¿no es acaso una buena calle de la Amargura, para que el Señor tome su Cruz y se eche a andar camino del Calvario de San Miguel...?

Y esa Carrera de Darro, ¿no es acaso un buen muro de lamentaciones, donde los hombres vengán a llorar en compañía del hermano río, al ver crucificado al mejor de los hombres...?

Y precisamente porque Granada está siempre a punto de calvario; precisamente porque Granada está siempre transida, traspasada de Semana Santa, angustiada, lirial, Granada no puede ni debe sacar su dolor a la calle, como una novedad, candente de oro y pedrería, sino como una confidencia más, como una lágrima más, como una razón más de su angustia.

A fuerza de ver llorar a las Vírgenes, no caemos en la cuenta de que las Vírgenes, en Semana Santa, lloran de verdad. Y no está bien

que quien eleva la lágrima en los ojos, se vea rodeada de la seda y de la plata, como en un banquete; plata y seda, que suelen ser, no motivos de devoción, sino razones de vanidad.

¿Sería natural que para la procesión del Corpus, Granada vistiera sus calles de luto? El Corpus es la fiesta de la espiga, del pan divino, de la alegría celestial. Y para tal fiesta, deben estar dispuestos a danzar, el aire, el incienso, la rosa, el romero, el oro, el sol y el brillo del sol en el oro.

EL GRAN DOLOR DE LA SEMANA SANTA GRANADINA

La Semana Santa es el aniversario de gran dolor de Dios y del mundo. Y para tal dolor, deben estar preparados a llorar, el aire, el cirio, el luto y la oración.

Y Granada ha sabido medir la responsabilidad de ese aniversario del gran dolor que es su Semana Santa. Porque sabe que ser conventual, es ser un poco pobre a lo mundo y bastante rico a lo Dios. Y porque sabe lo que es convento, por estar siempre en meditación, Granada va derecha al dolor de su Semana Santa, haciendo profesión de humildad, de pobreza y de silencio.

Pero donde más sabe medir esa responsabilidad dolorosa; donde más sabe aquilatar su angustia, es cuando pasea su dolor, vestida con el natural paño negro de los duelos.

Las golondrinas van apagando con las alas las luces de la ciudad. Las golondrinas son también penitentes; penitentes del aire, luto en las plumas, pero que tienen el pecho blanco, porque son inocentes. La angustia va descendiendo poco a poco, como una gran paloma que tuviera el corazón herido.

El silencio se hace cada vez más palpable; parece un lirio que podemos estrujar entre los dedos. La paloma de la angustia, vuela, agónica, y sigue bajando, flecheada, hacia el corazón.

Tal es el silencio, que se escucha el roce de las túnicas sobre el

suelo, como negros pecados que se arrastran en penitencia. Y la paloma de la angustia sigue bajando.

LA ANGUSTIA DE GRANADA

Un solitario y monótono tambor martillea la noche hasta dejarla a punto de saeta. Y la angustia continúa bajando, cada vez más grandes las alas y más herido el pecho.

Los hachones no alumbran; aumentan las sombras y el temblor de la noche, hasta dejarla a punto de plegaria. Y la angustia nos da en los ojos con las alas.

Y de pronto, solo, desnudó de humanas cosas, trágico de penumbras, erguido en el silencio como un gran árbol de dolor, abierta la boca aún, con un musgo de perdón en los labios, esforzándose en abrir los ojos para mirar a Granada... el Cristo de la Misericordia. La paloma de la angustia abate las grandes alas y cae al río, mortalmente herida del dolor de Cristo. Y el río ya no es río, sino agua de angustia, llanto de angustia, sangre de angustia. El río ya no es el río. El río es la angustia de Granada.»



VI

Don Pedro Gómez Aparicio

Ilustre periodista, Director de la «Agencia EFE».

N. de la R.— Cerró la serie de Pregones de la Semana Santa granadina, en el año de 1950, en la noche del sábado 1 de Abril, desde los micrófonos de Radio Nacional de España, a continuación de las disertaciones de los Sres Gallego y Burin, y Benitez Carrasco, el ilustre periodista y Director de la Agencia EFE“, don Pedro Gomez Aparicio, quien hizo la siguiente brillante exaltación de nuestra Semana Mayor;

Emoción y silencio, sentimiento y temblor, tímida claridad y perfume suavísimo: tal es la Semana Santa granadina

Cada casa, una capilla, y un altar cada corazón

Ansía pura de aislamiento en la emoción para sentirse más cerca de Dios

Yo lo puedo decir porque no soy de Granada, aunque la quiero como si lo fuese. No se si la palabra «pregón» es la que más exactamente cuadra al anuncio de la Semana Santa granadina. Todo, en Granada, es un modo de ser y de sentir, no una forma de estar y de pasar. Más romana que mora, afirme lo que afirme el andalucismo de su geografía, el ajeno pensar nada tiene que ver con su carácter. Su actual alcalde, don Antonio Gallego y Burín, lo ha dicho con palabras admirables: «Fogosos y espiritualmente complicados, cerradamente localistas a veces y a veces también, por paradoja, dejando escapar su espíritu tras todo valor universal, los granadinos, andaluces ariscos, más amantes de la gravedad que del regocijo, más irónicos que alegres y, cuando alegres, sobrios en su alegría, más concentrados que expansivos, de inteligencia ágil y percepción aguda, ponen su acento sutil y grave en el idioma íntimo de Andalucía, como Córdoba viene a dejar en ella un vago eco romano.» La catolicidad granadina es, por ello, una mezcla de recogimiento y de meditación, con la que pugna todo «pregón» de su Semana Santa; una actitud serena, reconcentrada y grave ante los más tremendos misterios del alma y su destino.

DEVOCION DE GRANADA POR LA VIRGEN DE LAS ANGUSTIAS

Si la Semana Santa es conmemoración del drama más sublime y del más levantado de todos los amores, bien pudiera decirse que Gra-

nada ha hecho una Semana Santa de todos y cada uno de sus días. No es obra de la casualidad que la Santísima Virgen de las Angustias, la más definitiva representación de la cruenta tragedia del Gólgota, fuese escogida Patrona de Granada. En el despedazado cuerpo del Redentor, que recogen los amorosos brazos de la Madre, y en la suprema expresión de dolor de la Virgen, obra de ángeles, que no de limitada inspiración humana, late en toda su hondura el misterio de nuestra redención. Cuando, al caer de la tarde, toda Granada puebla la Carrera y se postra a los piés de la Señora, la salve que sus labios musitan se hace liturgia y hasta meditación, porque el drama del Gólgota revive entero entonces ante los ojos de cada granadino. Que renueva el misterio en todos los momentos de su vida, cuando trabaja y cuando se divierte, porque en todas las partes, en el hogar y en el café, en el taller y en la oficina, una imagen transida de la Virgen, abrazada a los yertos despojos del Hijo, preside con su dolor sereno la esperanzada fe de toda la ciudad.

EMOCION Y SILENCIO, SENTIMIENTO Y TEMBLOR

Fe que en Semana Santa se hace a la vez emoción y silencio, sentimiento y temblor, tímida claridad y perfume suavísimo. Fe que busca la noche para reconcentrarse más en sus propios fervores, y ello en el marco del más bello escenario de la naturaleza. De noche sale, resplandeciente en su trono de plata, Santa María de la Alhambra, dos veces granadina por ser reina de la Alhambra sin par y por ser Virgen de las Angustias. Y de noche, a la luz de los temblantes cirios y las bengalas multicolores, traspone la pesadumbre inmensa del palacio que soñó Carlos V, cruza las filigranas alicatadas de la Puerta del Vino, pasa bajo los arcos de la Justicia y se pierde entre el negro dosel —de espesas ramas y de apretados árboles— del bosque de la Alhambra. Desgrana sus tañidos de plata la Torre de la Vela y cantan los ruseñores las más sentidas y las más inspiradas de todas las «saetas», mientras, en el silencio, el agua rompe sobre las anchas tazas de alabastro, con rumor de sollozos y salpique de lágrimas por el dolor de la Madre que sufre... De noche, y de la Iglesia moruna de San Pedro, sale la maravilla anatómica, prodigio de inspiración humana a la vez que divina, del Cristo de la Misericordia. El seco redoblar de un tambor destemplado acompasa la marcha de los pe-

nitentes, bajo una luna nitida que se asoma a la colina roja con timidez de asombro. Y en las aguas del Darro se reflejan las llamas de los cirios con cabrilleos inciertos y espectrales. Baja, desde las rotas piedras de la Alcazaba y por las apretadas calles del Albaicín frontero, un silencio solemne y cauteloso. Y el ruido del río que se desmenuza entre los cantos parece tener ecos de oraciones muy lejanamente bisbiseadas...

En la noche desciende desde San Nicolás la Virgen de la Aurora; por entre las callejas albaicineras, festoneadas de aljibes y de casitas blancas, a cuyas bardas acuden a asomarse, para rendir la ofrenda de sus flores tempranas, los jazmineros y los rosales; y no hay encrucijada ni balcón sin mocita que deje de lanzar la doliente oración de una saeta... Y en medio de la noche se encarama por el empinado laberinto del Albaicín, desde la destruida iglesia de El Salvador a la graciosa ermita de San Miguel, el cortejo impresionante del Viacrucis. Por caminos distintos van subiendo los dos «pasos» de la procesión penitencial: una Virgen Dolorosa, traspasada por los siete puñales, y un Cristo exangüe que sucumbe al peso de la Cruz. Por calles diferentes van a encontrarse en medio de la plaza Larga. Y el encuentro del Hijo con la Madre cobra en aquel momento el más hondo e impresionante patetismo de la Pasión. La Madre Dolorosa tras el Hijo agobiado, por el peso del bárbaro madero, pasan bajo la arcada de Fajalauza, coronado su almenado remate por soldados romanos, y se pierden por entre la espesura de pitas y chumberas, donde la piedad de las gentes del pueblo ha situado, entre juncias y flores silvestres, las catorce estaciones del Vía Crucis. Pugna la aurora por vencer a la noche, y las estrellas van cediendo poco a poco su luz a la del día. El cielo es morado, como la túnica de Jesús Nazareno. Una suave claridad recorta, en el nevado fondo de la Sierra, la imponderable silueta de la Alhambra, con la maciza solidez de Comares y la esbelta espadaña de la Vela.

SUAVE AROMA DE PRIMAVERA EN FLORACION

Sube desde la Vega un suave aroma de primavera en floración, mientras el agua llora en los cauchiles moros. Y se entreabren las cuevas y las pitas para enmarcar rostros insomnes que, al conjuro

del espectáculo único de aquella amanecida de Viernes Santo, murmuran las eternas palabras del padrenuestro...

Pero no todo, en la Semana Santa granadina, es noche, aunque todo es recogimiento, oración y piedad en este inmenso templo de Granada que hace de cada casa una capilla y un altar de cada corazón

ANTE EL CRISTO DE LOS FAVORES

Venid conmigo, a las tres de la tarde del viernes, a la vasta explanada del Campo del Principe. Venid también vosotros, porque, si es que en Granada os quedáis, la encontraréis deshabitada y muda. Una montaña colosal de rosas y claveles, de azucenas y mirtos, ha ido depositando el fervor anónimo del pueblo a los pies de la imagen de piedra del Santísimo Cristo de los Favores, hacia el que asciende, en anhelo de amor, la forja retorcida de los viejos faroles de hierro. Una incontable multitud —cuarenta, cincuenta, sesenta mil personas... ¿qué más da?— se va adensando poco a poco en la plaza, con un silencio místico que sobrecoge y estremece. Son las tres de la tarde, la hora misma en que, en el Gólgota, todo fué consumado. Dijérase que, al temblor de las luces de aceite, la piedra del Cristo cobra movimiento y se agita en la Cruz con las angustias de la agonía. De pronto, de un campanario próximo caen, lentas, macizas, graves y sonoras, las tres campanadas. Hay en la muchedumbre y en medio del silencio impresionante, como un flujo y reflujo de marea; las rodillas se doblan sobre el suelo desnudo, las cabezas se inclinan como espigas movidas por el viento y los labios se agitan en el rezo de los tres credos que piden tres favores. Luego, aquella multitud estremecida —cuarenta, cincuenta, sesenta mil personas... ¿qué más da?— va dejando lentamente la plaza, sin romper el silencio ni quebrar la emoción. En aquella indescriptible escena, toda fervor piadoso, está lo más característico de la Semana Santa granadina, tal vez porque está en ella la auténtica Granada, su manera de ser y de sentir: la fe reconcentrada y silenciosa, la predisposición de penitencia, un ansia pura de aislamiento en la emoción individual para sentirse más cercano de Dios cuando el Hijo de Dios, traspasado en la Cruz o muerto en el regazo de Nuestra Madre de las Angustias, consume por amor de los hombres el más definitivo de los sacrificios.